DÍA DE RETIRO PARA CULMINAR NUESTRA ANDADURA

EN ESTE TIEMPO 8/12/2015 - 20/11/2016



“VOSOTROS SED MISERICORDIOSOS,

 COMO VUESTRO PADRE CELESTIAL ES MISERICORDIOSO” (Mt.5, 48)





***Sor Trinidad León Martín, mc***

**Profundizando en Las “huellas” que nos deja el *Año de la Misericordia***

Bajo el lema “Misericordiosos como el Padre”, el Papa Francisco nos animaba a vivir el año 2016 centrando nuestra atención en el *Evangelio de la Misericordia,* y nos pedía ser misericordiosos los unos con los otros, no de cualquier manera sino *“misericordiosos como el Padre”* porque –decía en su Bula *“Misericordiae Vultus”* «la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia». Y de cada uno de los creyentes, con mayor exigencia, aún la de los hombres y mujeres consagrados.

***Las Claves*** *del mensaje del Papa y los compromisos a los que nos urge*

La Vida Consagrada (y nosotras formando parte de ella) ha salido reforzada en muchas cosas a lo largo de este año que estamos culminando. Son huellas que refuerzan el compromiso evangélico y carismático que queremos vivir todavía, a fondo… Podríamos resumir de esta manera las huellas que han quedado impresas en nuestro espíritu: la necesidad y urgencia de:

1. ***Transformar*** el mundo desde el afecto y la ternura… Ese es un grito que nos lanza la Iglesia, herida en cada uno de sus miembros sufrientes, y compasiva ante el dolor desatado en el mundo. No podemos ser indiferentes ante el… ¡se nos revuelven las entrañas ante tanto dolor! ¿Cómo actuar?
* Lectura programáticas: “El hijo pródigo o el padre misericordioso” (Lc 15,11-32); “El Buen samaritano” (Lc 10, 25-37).
1. ***Redescubrir*** las obras de misericordia ***corporales***: *dar de comer* al hambriento, *dar de beber* al sediento, *vestir al desnudo, acoger* al forastero, *asistir* los enfermos, *visitar* a los presos, *enterrar* a los muertos. Sin olvidar las obras de misericordia ***espirituales***: *dar consejo* al que lo necesita, *enseñar* al que no sabe, *corregir* al que yerra, *consolar* al triste, *perdonar* las ofensas, *soportar* con paciencia las personas molestas, *rogar* a Dios por los vivos y por los difuntos.(MV, nº 15).
2. ***Dejarnos conmover*** por la actitud de Jesús. En Jesús no escuchamos palabras de desprecio, no escuchamos palabras de condena, sino sólo palabras de amor, de misericordia, que invitan a la conversión”. Haciendo mención al *Primer Ángelus del Papa Francisco, domingo, 17 de marzo, 2013)*. El evangelio nos debe conmover y asombrar siempre. Pobres de nosotras si hemos llegado a acostumbrarnos a su mensaje y ya no nos resulta inquietante ni urgente.
3. ***Perdonar***: Dice el Papa: “¡Cómo es difícil muchas veces perdonar! Y, sin embargo, el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón… Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices” *(Mensaje del Papa Francisco para la XXXI Jornada Mundial de la Juventud 2016).* El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza” *(Bula MV, nº10).* No se puede vivir sin perdonarse, o al menos no se puede vivir bien, especialmente en familia” o comunidad. (*Audiencia general del papa Francisco, miércoles 4 de noviembre de 2015).* El perdón está en las raíces de nuestra fe. Para nosotras, mercedarias de la caridad, y recogiendo el mensaje de nuestro beato fundador: “El perdón, la mansedumbre, la bondad, la paciencia, todas esas virtudes se ostentan sobre la cruz y adquieren por la divinidad de su autor un poder de autoridad. Ejemplo que nos obliga a imitarlas más por el atractivo que por la razón” (S/2).
4. ***Convertirnos*** al sufrimiento humano: “El sufrimiento del otro constituye un llamado a la conversión, porque la necesidad del hermano me recuerda la fragilidad de mi vida, mi dependencia de Dios y de los hermanos*”… “*Que nuestras parroquias y nuestras comunidades, lleguen a ser islas de misericordia en medio del mar de la indiferencia”… “El mensaje de la Divina Misericordia constituye un programa de vida muy concreto y exigente, pues implica las obras” *(Mensaje del papa Francisco para la Cuaresma 2015)*
5. ***Vivir la valentía*** de la misericordia: “Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios”. *(Mensaje del papa Francisco para la Cuaresma del 2015).*
6. ***Ejercer la*** misericordia con la Casa Común: “La misericordia a la cual somos llamados abraza a toda la creación, que Dios nos ha confiado para ser cuidadores y no explotadores, o peor todavía, destructores”, poniendo en la tierra la *huella* de nuestro paso al estilo del Dios creador. *(Audiencia general interreligiosa del papa, miércoles 28 de octubre, 2015).*

***DESARROLLO DEL TEMA***

**Introducción**

La Biblia nos acerca a un Dios que es al mismo tiempo justo y misericordioso, clemente y compasivo… El Libro del Deuteronomio, Los Salmos y los Libros proféticos del Antiguo testamento nos ayudan a conocer los rasgos de ese Dios “lleno de ternura y compasión”. Hemos aprendido que la misericordia no es un eslogan, o un simple “rasgo” del judaísmo o del cristianismo, sino que pertenece a nuestra esencia humana y conforma (da forma) todo nuestro ser. Sin misericordia, no hay ser humano y tampoco persona creyente, ni mucho menos consagrada.

El Dios en el que creemos los bautizados/as en Jesucristo, no es que tenga misericordia sino que ***Es Misericordia***. Cuando Pablo de Tarso usa la frase “Dios es rico en Misericordia” (Ef 2,4) está intentando expresar la esencia infinita y misteriosamente profunda que es Dios. La misericordia es la forma de ser de Dios, tal como lo expresa también el escrito joánico: “Dios es amor” (1 Jn 4, 8.16). El amor, por lo tanto, es la forma de ser de Jesús, el Señor; de la Iglesia o comunidad de fe congregada en torno a él, y de cada uno de sus miembros, afirma la Bula *“Misericordiae Vultus”*. Pero, adentrémonos poco a poco, durante este tiempo de lectura orante y reflexiva que va a configurar de alguna manera este día de retiro en el mensaje que nos ha dejado el Magisterio de la Iglesia y al que tenemos acceso en cada página de la Biblia y, de manera especial, en el Nuevo Testamento. A grandes rasgos:

1. **Recordando la esencia del término “misericordia” desde la Escritura**

En el Antiguo Testamento se emplea treinta veces el término "misericordioso": y sólo dos veces se refiera a la persona humana… Lo que significa que la misericordia es una *condición* primordialmente divina. El A. T. es una continua exaltación de la misericordia de Dios; y, paradójicamente, su experiencia más profunda se da en los momentos de mayor infidelidad por parte de aquellos/as que dicen pertenecerle: ser su pueblo.

El pueblo de Israel descubre que Dios es su “*GOEL*” en situaciones de gran desamparo: Dios nuestro familiar más cercano y nuestro redentor (Cf. Libro de Ruth 3-4). En la cultura del antiguo Israel, se buscaba el favor del familiar más cercano en los momentos de mayor indigencia. El *pariente redentor* debía ser un benefactor rico o persona capaz de liberar de la miseria, o incluso de la esclavitud, mediante el pago del precio del rescate acordado. "Si tu hermano empobrece y vende algo de su posesión, entonces su pariente más próximo vendrá y rescatará lo que su hermano haya vendido" (Levítico 25:25; cf. Ruth 4:4, 6); si una persona se vio forzada a la esclavitud, su familiar más cercano debe actuar y comprar su libertad: (Éxodo 6:6; Isaías 43:1; 44:22; 48:20; 49:7).

Job es un modelo especialmente significativo, tanto por su experiencia personal de pobreza, como por su profunda e inquebrantable confianza en Dios. Ante la angustiosa situación de desgracia que le rodea y que vive en sus propias carnes, Job se queja de que *nadie vino a rescatarlo*; solo su fe le mantuvo en pie: ¡el Señor proveerá, él será su *Goel, su rescatador*! "Yo sé que mi Redentor vive, Y al fin se levantará sobre el polvo" (Job 19:25).

Los profetas nos dan a conocer una misericordia que potencia especialmente el amor, que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo. Por eso, la misericordia es una actitud dinámica que transforma, cambia, promueve, renueva, hace crecer de manera íntima y dinámica todo lo que está a su alcance; no es algo que se realiza pasivamente sino de modo activo y comprometiendo profundamente a las personas, tanto a las que actúan misericordiosamente, como las que reciben misericordia.

El profeta Oseas, vincula la imagen de Dios a la de un esposo infinitamente fiel... Sabemos que la persona y la vida del profeta es imagen de lo que Dios es y de su manera de actuar: “cásate con una prostituta”, una mujer que le será infiel una y otra vez. Pero, Dios ama más allá y por encima de todas las debilidades. “Te desposare conmigo para siempre y te desposare en justicia y en derecho, en amor y ternura” (Os 2, 20-22).

Nos encontramos ante una dimensión de la misericordia de Dios incomprensible y escandalosa; una imagen que Jesús de Nazaret reflejará plenamente en su propia vida y en su mensaje. Por eso nuestra fe es, sigue siendo en nuestro mundo actual “necedad” y escándalo”. Así se presenta a los ojos del mundo la persona y el mensaje de Jesucristo: “… nosotros anunciamos a un Mesías crucificado. Esto resulta ofensivo a los judíos, y a los no judíos les parece una tontería” (1Cor 1,23).

1. ***Amar con las entrañas divinas***

Recordando: El término *misericordia* tiene su origen en las palabras hebreas ***Hesed*** y ***Rahamin*** La mentalidad Judía es dinámica y práctica, a diferencia de la griega (la nuestra), generalmente, que es abstracta conceptual. El Judío tiene que relacionar todo concepto abstracto con algo concreto y dinámico, para poderlo entender y vivenciarlo. Los libros del A. T. enmarcan la misericordia de Dios dándoles rasgos tanto masculinos y femeninos. Dios ama y se hace responsable de este amor, actuando siempre con fidelidad y misericordia.

* ***Hesed***: Hace referencia a una actitud de profunda bondad entre dos o más personas. Esta actitud bondadosa implica fidelidad recíproca, pero (y esto es el meollo de todo) esta fidelidad recíproca, es fruto de una fidelidad hacia sí mismo: Dios es fiel. La fidelidad de Dios para con su pueblo no nace de ninguna obligación externa a él, sino que es su propia esencia, como todo lo que consideramos “atributos” de la Divinidad: piedad, perdón, ternura…, Dios es fiel con su pueblo, no por los méritos de este último (que a menudo traiciona la confianza que se deposita en él) sino por su entrañable coherencia: amor y fidelidad pertenecen a Dios en esencia. Es todo lo que podemos llegar a decir sobre Dios, ¡y esto de manera balbuceante, siempre de manera *inadecuada…!*
* ***Rahamin***: Otro vocablo que en la terminología del A.T. sirve para definir la misericordia. Rahamin, expresa el “amor de madre” (Rehem = regazo materno, entrañas femeninas) y tiene rasgos típicamente femeninos: la misericordia de Dios es como el amor entrañable que liga a la madre con su propio hijo; un amor que brota del vínculo especial entre madre e hijo. Es la madre la que construye en su cuerpo las fibras del hijo: el suyo, de manera natural, debería ser un amor gratuito, que sale de adentro.

El amor *de* *madre* es una necesidad interior, una exigencia del corazón. Pero aún aquí, con una metáfora tan viva como el de la maternidad, el lenguaje se nos queda pobre, insuficiente, inadecuado… Porque, desde la experiencia humana, no siempre es así y porque nunca el amor de una madre, por grande que sea, puede decir todo lo entrañable que es el amor de Dios hacia nosotros. Por eso advierte el profeta: “¿Puede acaso una madre olvidarse o dejar de amar a su propio hijo? Pues aunque ella lo olvide, yo no te olvidaré.” (Is 49, 15). En la realidad, con frecuencia confundimos la misericordia con la lástima. Pero son dos términos que implican actitudes muy diferentes:

1. ***En profundidad, sin superficialidades…***

En el lenguaje cotidiano, la misericordia se expresa también utilizando otros términos que vienen a decir lo mismo pero con diferente matiz, por ejemplo, se suele usar “lástima” o “compasión”. La diferencia de matiz no excluye, sin embargo, el sentido profundo y original de la actitud conmovida, lastimadas desde las entrañas, que dichos términos implican.

-La “misericordia” tiene su origen en la lengua latina y es el resultado de la suma de dos términos: *Miser* que significa “pobre”, y *cor – corda* que traducimos por “corazón”. *Misericordia* es, pues, la capacidad de entregar algo de sí mismo para liberar de la pobreza o de la indigencia a quien es nuestro prójimo (ser más cercano). La actitud misericordiosa es siempre fruto del esfuerzo de arrancar algo de mí, desde las entrañas, para que sirva al crecimiento humano y espiritual de otras personas o realidad marginal. Tengamos en cuenta que también se nos pide ser misericordiosas en nuestro trato con la naturaleza *(Cf.* Encíclica*: “Laudato Si…”).*

*-“*Lástima*”* es un término muy usado entre nosotras, que implica darse cuenta de la pobreza del otro, sentirse *lastimado* por el dolor ajeno. Así, en el relato del buen samaritano leemos: “Finalmente, un hombre de Samaria que viajaba por el mismo camino, le vio y sintió lastima de él.*” (Lc 10,33)*. En otras traducciones “compasión”… Tanto la lastima como la compasión pueden ser movimientos de la sensibilidad casuales y pasajeros, superficiales y, en el fondo, cobardes. Todo lo que no nos lleve a empeñarnos y empeñar nuestras cosas, nuestro tiempo y nuestra vida en favor del prójimo necesitado, es un mero sentimiento sin raíz en el corazón y en las entrañas: sin valor verdadero.

-La verdadera misericordia es una gran *virtud*, es decir, algo que exige esfuerzo constante y firme, tierno y eficiente: “Se le acercó, le curó las heridas con aceite y vino, y se las vendó. Luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él.” (v. 34). No podemos quedarnos satisfechas con experimentar tristeza o una simple afección sensiblera y nada comprometida ante una realidad sangrante; como el buen samaritano, hemos de sentir que el dolor del otro nos lastima por dentro, que su padecimiento no nos es ajeno, que sus sufrimientos y sus llagas golpean nuestras entrañas, no solo nuestros sentimientos, y nos urgen a reaccionar de manera tal que no quedamos satisfechas, en tanto no veamos satisfechas también las carencias y necesidades reales de nuestro prójimo: “Al día siguiente, el samaritano sacó dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: Cuida a este hombre. Si gastas más, te lo pagaré a mi regreso.” (v. 35) *Lástima* y *compasión*, sí. Pero como “virtud” no como mera y acomodada “afección”. Compadeciendo y sintiéndonos lastimadas en lo más íntimo de nuestro ser es como mejor expresamos que somos “misericordiosas como el Padre”

1. **Dejarnos conmover y convencer, siempre, por Jesucristo, el “rostro de la misericordia”**

Por el misterio de la Encarnación, el Hijo de Dios Jesucristo, es nuestro Redentor. Jesucristo, siendo Dios, es también *nuestro pariente más cercano*, se ha hecho familiar y semejante a todo ser humano. Es nuestro redentor: "Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne" (Romanos 8:3). Si en algún momento de nuestra vida la persona de Jesús, sus palabras y sus obras nos conmovieron hasta el punto de convertirse en el centro de nuestra vida, hoy es el momento de volver a sentir que esa conmoción no fue algo pasajero sino un convencimiento total de que él y las cosas del Reino que proclamaba son lo primero y más importante de nuestra vida: “Buscad primeramente el reino de los cielos y el hacer lo que es justo delante de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Mt 6,33).

Nos atrae y nos enamora el Dios que Jesús proclama a través de su persona, de sus palabras y de sus obras, porque es un Dios que tiene en plenitud los rasgos de un padre y de una madre, de un hombre y de una mujer volcados desde las entrañas en el ser que ama con locura (volcado en mí, y en cada una de sus criaturas…). El evangelio de Lucas, en el capítulo 15, descubrimos los rasgos familiares de nuestra humanidad tanto en el *pastor* que busca la oveja perdida, como en la *mujer* que barre la casa hasta encontrar la moneda que extravió, o el *padre*, con gestos y actitudes propias de una madre, que espera ansioso el regreso del hijo…

En el mensaje de esa parábola del reino de Dios, lo que importa no es solo “saber” *quien es el prójimo*, eso lo sabían muy bien el sacerdote y el levita, importa saber “quién *necesita* próximos”, lo que realmente importa es “ver” al prójimo en su necesidad y volcarnos en atención a él. Todo ser humano es un ser necesitado de misericordia. Todos necesitamos ser *misericordiados*, como dice el Papa Francisco: mi prójimo es el ser humano herido que está en mi camino y ante el que no puedo pasar de largo, por ningún motivo...

La proximidad*-projimidad* no es cuestión de teoría sino de práctica, de compromiso afectivo y eficaz*: “Finalmente, un hombre de Samaria que viajaba por el mismo camino, le vio y sintió compasión de él. Se le acercó, le curó las heridas con aceite y vino, y se las vendó. Luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, el samaritano sacó dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: Cuida a este hombre. Si gastas más, te lo pagaré a mi regreso”* (Lc 10, 33-35). Así es como Jesús ve, y así es como se vuelca, en quienes necesitan de su atención redentora; así es como quiere que actúen quienes forman parte del reinado de Dios en el mundo. Nosotras, entre muchos y muchas.

Jesús nos pide tratar las necesidades del ser humano *de cerca*: ver y tocar las necesidades de los demás es hacerse de verdad *prójimo* de cada uno de ellos/as. Pero las necesidades y las miserias del prójimo no suelen ser de nuestro agrado… La miseria del otro o de la otra espanta, porque nos recuerda nuestra propia fragilidad; por eso buscamos cualquier manera de evadirnos, de justificar nuestra indiferencia… Jesús nos exige un cambio radical en nuestra manera de ver y de tratar a los demás, un cambio de actitud ante ellos y ellas. Esta novedad de relaciones interpersonales pertenece a la identidad más profunda del evangelio (Mt 25, 31-46) y de las bienaventuranzas del Reino (Mt 5, 1-20).

1. ***Estamos saciadas de inmisericordia***

Para recomponer una realidad tan falta de ternura y de misericordia como la nuestra, lo primero que necesitamos es convertir nuestra mirada hacia la realidad, verla y tocarla con el corazón y con la inteligencia... La pregunta que podríamos plantearnos es:

* *¿Cómo “veo” y como “siento” yo la realidad de quienes son “mi prójimo: conozco algo de la situación real de quienes están a mi lado. Me importa, es decir, me duele y me conmueve la penuria en la que viven o pueden vivir las personas que me rodean…? ¿Comparto de manera entrañable sus alegría y sus esperanzas…?*

En buena medida, la sociedad actual, la nuestra, vive con la conciencia de saber poco, y de que la verdad se le da en dosis, según los intereses de los medios de comunicación o de los grandes poderes de este mundo. Al llegar la información tan seleccionada y deformada resulta imposible distinguir entre la realidad y la fantasía, entre la verdad y la mentira, entre bueno y malo, justicia e injusticia… “. La actuación política es tan parecida en la llamada “izquierda” y la “derecha consideradas ambas del *centro*, que en la práctica han llegado a ser lo mismo, y en todo caso, la clase alta o las elites del conocimiento y de la economía son cada vez más inalcanzables; la *clase media* se convierte a pasos agigantados, por obra y gracia de las medidas políticas y económicas implantadas, en *clase pobre*; y los pobres son ahora los míseros de nuestra sociedad, cada día más numerosos por culpa de “quienes aprisionan la verdad con la injusticia (Rom. 1, 18).

Ante esta realidad que nos desborda y desborda nuestras posibilidades reales de ayuda estamos en peligro de dejarnos desbordar por la indiferencia, de llegar a tomar actitudes acomodadas e inmisericordes. Todo gesto misericordioso resulta insuficiente ante el desbordamiento de las actitudes corruptas que se convierten en modelos de actuación para las generaciones más jóvenes… Nos preguntamos:

* *¿Conocemos y vivimos de lleno el proyecto del* ***reinado de Dios*** *(Evangelio) y su justicia, el único proyecto que estamos en posibilidad de vivir como mujeres consagradas?*
* *¿De qué nos sirve crear, pertenecer o asociarnos a las ONG que hoy tratan de paliar los efectos de la injusticia en el mundo si no existe* ***un proyecto global*** *de justicia que de solidez permanente a las políticas socio-económicas de los pueblos?*
1. **El Reino de Dios expresado en términos de perdón y de misericordia**

Jesús de Nazaret, nos habla de la misericordia en términos que podemos comprender, porque los vivimos cotidianamente. Nos dice cuales son los sentimientos de Dios frente al sufrimiento de sus criaturas. En la parábola del buen samaritano, el hombre extranjero y despreciado, al ver a la persona herida y maltratada en medio del camino, se conmueve profundamente. Y esa conmoción *interior* le lleva a *actuar* con misericordia: con el corazón volcado a la miseria. El texto bíblico nos dice que al samaritano (Jesús-Dios) “se le conmovieron las entrañas”. El hecho de “conmoverse desde las entrañas” no es una expresión sin importancia, un dicho cualquiera, banal, al contrario, en el lenguaje bíblico “conmoverse las entrañas” indica lo que siente una madre cuando da a la luz a su criatura y mira su desnudez. A Dios también “se le conmueven las entrañas” ante la indigencia de sus criaturas. Es un Dios “celoso” del bienestar de los suyos… Un *bienestar* o *bienaventuranza* que está en peligro cuando nuestro corazón no está centrado en una realidad que nos haga más personas y más felices, que nos atrapa el corazón y nos esclaviza, que nos cree “señores” y nos cree falsos “dioses”… (Éx 20,5; Deut 4,24).

Dios está a favor de la persona que sufre. Por su actuar, el Dios de Jesús es Dios-Redentor. Pero no se conforma con eso…, pide que quienes decimos creer en Él nos unamos a su manera de actuar y que seamos también personas liberadoras. La parábola del funcionario que no supo perdonar como él fue perdonado, es la mejor manera en la que Jesús nos enseña cómo cambiar nuestra manera de proceder ante las debilidades de los demás (Cf. Mt 18, 23-35). Tenemos que discernir, con sinceridad, si pudiendo perdonar, estando en posesión de este precioso don y de este *poder (*poder que compartimos con Dios y que nos diviniza) que hace de nosotras personas divinas, no sabemos actuar en consecuencia. Podemos preguntarnos:

* *¿De qué me siento yo perdonada? ¿Cómo actúo ante las debilidades o supuestas deudas de quienes me rodean? ¿Actúo yo con los demás como Dios actúa conmigo…?*

Esta pregunta es fácil de plantear, pero no de responder…

***Liberar misericordiosamente significa pagar un alto precio: dar la vida***

Nuestra salvación ha sido comprada por un precio alto... Somos criaturas redimidas y liberadas. Nuestro perdón implica el precio del rescate que es la sangre derramada del mismo Hijo de Dios, Jesucristo, "En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia" (Efesios 1:7). La redención o liberación que nos llega por la entrega de Cristo Jesús no se hizo sin sufrimiento, sino que como dice la Carta a los Hebreos: “Cristo, mientras vivía en este mundo, con voz fuerte y muchas lágrimas oró y suplicó a Dios, que tenía poder para librarle de la muerte; y por su obediencia, Dios le escuchó. Así que Cristo, a pesar de ser Hijo, por lo que sufrió aprendió a obedecer; y al perfeccionarse de esa manera, llegó a ser fuente de salvación eterna para todos los que le obedecen” (Hbr 5, 7-9). *Obedecer* significa, pues, estar a la escucha de Dios y del prójimo. Y esa atención del Otro o de los otros, duele y compromete. No se hace de manera superficial, sin entrega de algo muy valioso: la propia vida.

La misericordia convertida en “principio de vida”, no meramente en gestos más o menos puntuales, se convierte en lo más fundamental de todo; es lo que hay que anteponer a todo, incluso a la propia vida, y pese a la propia debilidad... Este *principio-misericordia*, centra nuestra vida y da sentido a nuestra consagración, a nuestra identidad como mercedarias de la caridad. Actuar con misericordia significa para nosotras desvivirnos por atender al prójimo, por liberar a los hombres y mujeres que vemos esclavizados por la ignorancia, por la pobreza, por la injusticia... Queremos “bajarlos de la cruz” aunque sea a costa de nuestra propia vida (que nunca llega a tanto en nuestra realidad, sino muy raramente...) Y trabajar por la justicia: “poner al servicio de ella todas las capacidades humanas que poseamos: físicas, intelectuales, religiosas, tecnológicas…” Nos conmueve el sufrimiento ajeno y este sufrimiento nos urge a un compromiso que nace del evangelio y está solo a la altura del compromiso evangélico. Porque sigue siendo verdad que “la caridad de Cristo nos urge” (2 Cor 5,14), por más que las fuerzas físicas de muchas de nosotras estén mermadas por la vejez o por la enfermedad, o por cualquier otra circunstancia de la vida.

Como mercedarias de la caridad sabemos que el origen de nuestro carisma está en la actuación liberadora de un Dios que, desde el principio, se deja conmover por la opresión que vive la humanidad que él ama, y que toma la figura del pueblo primitivo de Israel: "He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos y he bajado a liberarlos". (Ex 3, 7 s).

Podemos describir la acción de Dios, y descubrir cómo ejerce Él la liberación sin extendernos en teorías sino simple y sencillamente, actuando como Jesús, el Maestro y el Señor, actúa:

* ***Viendo*** la opresión a la que está sometida su gente
* ***Escuchando*** los clamores de un pueblo sufriente, crucificado…
* ***Interiorizando*** ese sufrimiento, haciendo que sea algo personal, que le toca lo más íntimo de su ser.
* ***Y e*mprendiendo** acciones realmente liberadoras, como una re-acción adecuado a toda una estructura social, económica e incluso religiosamente esclavizadora (el sacerdote y el levita estaban *atados* ante el dolor del hombre maltratado y herido del camino…)

Los profetas, de ayer y de hoy, son los hombres y mujeres que mantienen despierta en el pueblo, en la comunidad humana y religiosa de la que formamos parte, la idea de que Dios siente compasión del pobre y, al mismo tiempo, “hace caer a los opresores de sus tronos”. El Magníficat es un resumen perfecto de este actuar divino, del que María de Nazaret se hace eco. Un actuar que conforma toda la historia de la salvación. Ella es nuestro modelo de creyente y de mujer consagrada (Cf. Const. Nº 9). María es Madre de la Merced-Misercordia.

***La misericordia: ¡nuestro carisma!***

* ¿Qué implicaciones concretas tiene para una hermana mercedaria de la caridad la afirmación de que “Dios es clemente y misericordioso, rico en clemencia y leal”?
* ¿Cuándo y cómo ejercemos nosotras la misericordia hoy, en nuestra realidad concreta, como Jesús de Nazaret la ejerció durante su vida pública?
* ¿Cuándo dejamos de ser mujeres evangélicamente misericordiosas, por tanto, verdaderas mercedarias de la caridad…? (Cf Carta-Testamento del padre Zegrí a la Congregación).

“Haz esto y tendrás vida eterna” (Mt. 10,28b)

